

Bienvenida al sueño americano, relato de mi perspectiva.

“Bienvenida al sueño americano” – Me dijo en inglés aquel hombre norteamericano que parecía ser el jefe de obra mientras nos llevaba en un carro de golf a recoger escombros de construcción manualmente durante una jornada de 10 horas en medio de una obra de apartamentos en Orlando, Florida.



Recién iba iniciando mi primer día de trabajo en una construcción, era la segunda vez que viajaba desde Colombia a Estados Unidos por un periodo de 2 meses para reunirme con mi mamá y mi hermana, por supuesto, no era mi primer trabajo sin tener papeles en los Estados Unidos, pero nunca, si quiera, me había aproximado a algo relacionado con una obra, sin embargo, iba a encargarme de labores de limpieza y aseo dentro de esta, “Es barrer polvo de los apartamentos, creo”- me dijo mi mamá con respecto a mi duda sobre lo que haríamos en ese lugar. ¿Qué tan distinto podía ser a los trabajos de limpieza de cocinas que ya había tenido antes? Después de todo pagaban bien la hora, por lo que, si se asemejaba a dichos trabajos anteriores, al menos el esfuerzo se sentiría mejor recompensado y podríamos tardar menos en conseguir pagar los pasajes de avión (que me llevaron a verla de nuevo), ahorrar para un carro que nos permitiera transportarnos hacia el trabajo y a cualquier lugar debido a lo largo de las distancias en ese pueblo de Estados Unidos, y también podríamos mandar dinero a Colombia para ayudar a la familia.

Recuerdo que el día empezó a las 3:00am, mi mamá y yo iríamos a la obra situada en Orlando, ciudad que queda a 1 hora y media del pueblo en donde vive mi mamá. Quedamos de reunirnos muy cerca de donde nos quedábamos a las 4:00am con el grupo de personas que irían con el mismo fin a la construcción, las cuales fueron convocadas por uno de los obreros de la misma, del cual supimos porque ese lugar es un pueblo “pequeño” en donde no hay muchos lugares donde conseguir empleo, y aún menos cuando no se tiene papeles, por lo que generalmente los inmigrantes latinos

siempre están concentrados en ciertos lugares que permiten este tipo de trabajo, aún más cuando el valor de la hora de trabajo ofertaba ser un 66 o 67% mayor a los valores promedio de pago en el pueblo a personas sin permiso de trabajo. Una vez completos, emprendimos camino en carro hacia dicho lugar y llegamos alrededor de las 6:00am. La jornada iría desde las 6:30am hasta las 4:30pm. Tenía sueño y había desayunado poco en el camino, pero pronto me desperté completamente, ya que había que ponerse chalecos, cascos y tapabocas rápidamente pues debíamos estar listos a recibir órdenes.

El grupo de trabajadores estaba conformado por mujeres y hombres de Nicaragua, Venezuela, México, Chile y nosotras de Colombia. “Si dices que hablas inglés tal vez te pongan en una zona mejor o no tan pesada” me dijo una de mis compañeras, y ya que había tenido la oportunidad de estudiar inglés en Colombia, aunque no tenía el nivel más avanzado, procedí a seguir el consejo. A lo lejos se acercaba un señor, el cual al parecer era jefe de la obra, quien dividió las personas en 2 grupos, un grupo que iría dentro de los edificios, dentro del cual estaba mi mamá, y otro que se quedaría a trabajar a fuera, en donde quedé al haber anunciado entender el idioma. El jefe comunicó que me daría las indicaciones para que se las transmitiera al resto del grupo, indicaciones que casi se convertían en amenazas: “no pueden utilizar los celulares, hablar demasiado, comer o quedarse quietos en un solo lugar porque si no trabajan serán sacados de la obra y no podrán completar el día de trabajo. Quiero que todo este lugar quede limpio lo más rápido posible”, haciendo referencia a que debíamos recoger la basura y desechos que quedaron en la tierra alrededor de los bloques de apartamentos.

Dejamos nuestras pertenencias en cualquier lugar y empezamos a recoger dicha basura, nos dieron palas para realizar este trabajo, las cuales eran demasiado grandes y pesadas para recoger plásticos y demás residuos pequeños, por lo que algunos optaron por hacer pequeños cúmulos de estos en un lugar y otros encontraron baldes para poder seguir avanzando con los residuos. El tiempo pasaba muy lento, empezaba a subir el sol y el trabajo se hacía pesado; un supervisor de la obra pasaba de vez en cuando a darme instrucciones sobre lo que quería que hiciéramos, de las cuales entendía algo cercano a un 50%. Nos indicaba apilar la basura en un punto, pero luego moverla toda hacia otro, rápidamente todo el grupo empezó a agotarse y preguntamos si tal vez al menos las mujeres podríamos ir a trabajar con el grupo que estaba dentro de los apartamentos en construcción. Aceptaron nuestra petición y llegó el hombre que nos dio las instrucciones al llegar, quien nos subió a su carro de golf para repartirnos en distintos lugares del edificio, me dijo que me sentara a su lado.

Los edificios eran de 8 pisos de altura, sin embargo, aún no tenían ascensores, por lo que, a excepción de ese momento, teníamos que subir y bajar por las inmensas escaleras de cemento. Where are you from? – me preguntó el hombre – I’m from Colombia, respondí, a lo que cuestionó sobre cómo aprendí inglés (al parecer le sorprendía encontrarse con una trabajadora latina inmigrante que hablara su idioma). *“Bienvenida al sueño americano” – Me dijo en inglés y en un tono un poco burlesco, aquel hombre norteamericano que parecía ser el jefe de obra, mientras nos llevaba en un carro de golf a recoger escombros de construcción manualmente durante una jornada de 10 horas en medio de una obra de apartamentos en Orlando, Florida.* Suena irónico, y lo único que hice fue pensar en que para nada se parecía a un sueño. Llegamos al último piso, a una terraza que conectaba con los apartamentos, en la que había un cúmulo de escombros, nos dejaron a algunos allí y nos dieron una indicación que no entendí, solo sabía que los supervisores del piso me indicarían que hacer para explicarle a los demás.

Entré a uno de los pasillos y vi a una parte del grupo, que estaba conformado solo por mujeres, barriendo los apartamentos que estaban más terminados y sentí algo de alivio, ya que, aunque la tarea de barrer el polvo de una construcción no es nada fácil, sería algo parecido a los trabajos que ya había realizado, y, por otro lado, mi mamá estaría haciendo eso y no expuesta al ardiente sol, pero no la vi allí. Me dirigí al pasillo del otro lado y allí encontré a una supervisora diciéndome que ellos no entendían nada de lo que ella les decía, me llevó a unos apartamentos que aún no estaban terminados y allí me encontré de nuevo con mi mamá, se veía bastante cansada y a lo mucho había transcurrido 2 horas desde que llegamos; no estaba barriendo, estaba sacando escombros. La supervisora me indicó que en cada habitación de cada apartamento había una pila de escombros como piezas grandes de madera delgada con la que construyen los apartamentos, pedazos de dry-wall, puntillas, entre otros residuos, y que debíamos sacarlos al pasillo, ponerlos en una carretilla y uno de nosotros debía sacar esa pesada carretilla a la terraza.

Los pasillos eran largos y los apartamentos por piso parecían ser infinitos, a partir de ese momento ese piso a medio terminar del edificio se convirtió en un escenario de terror en mis recuerdos, no había puertas, ni ventanas, ni ningún tipo de protección en los balcones, y había secciones del piso de madera en las que sentíamos la necesidad de precaución al pasar, algunos compañeros más arriesgados se atrevían a recoger escombros del balcón a cuestras de resbalar desde ese octavo piso. No teníamos guantes, pero mi mamá y yo llevamos guantes de látex que ayudaban un poco a mitigar el picor del contacto con la madera y lo demás, sin embargo con los minutos se iban rompiendo de a pocos; la acción era la misma una y otra vez, te agachas, recoges una pieza, la cargas hasta el pasillo y la dejas allí, te devuelves, cargas nuevamente una pieza y la sacas, por lo cual daba la sensación de eternidad en el tiempo teniendo en cuenta el peso de la madera, yo solo pensaba en mi mamá, no es algo que imaginó hacer a sus 50 años en el lugar de sus sueños y no es algo que pensé tener que verla hacer, pero trataba de dejarle piezas menos pesadas y de pensar que cuando ese día acabara, no se iba a repetir nunca más.

Los supervisores pasaban y todo el tiempo repetían que teníamos que hacerlo más rápido, que teníamos que limpiar varios apartamentos ese día, le gritaban cosas en inglés a todo el grupo, excepto a mí, pues me preguntaban cada tanto si quería agua o si me sentía bien, y es como entendí, que en ese contexto te acercas más a la humanidad cuando hablas inglés, y por otro lado te acercas más a un trato animal cuando no comprendes ni una sola de sus palabras.

Posteriormente nos permitieron almorzar, en un tiempo de 30 minutos, para ese momento el pensamiento más constante en mi cabeza era querer desistir, pero estaba en una ciudad que no conocía, sin medios para transportarme y con la pequeña motivación de ahorrar dinero mediante esa jornada. Luego de subir de nuevo los 8 pisos de escaleras de cemento, continuamos haciendo la misma tortuosa actividad, los supervisores decían “terminen este apartamento y cambiaremos de actividad”, sin embargo, una vez terminado solo continuamos con un apartamento más, teníamos que dar patadas a las piezas de madera para lograr romperlas a la mitad y así poder sacarlas cargadas, esto implicaba una gran cantidad de energía, que desde el inicio se sentía que no iba a perdurar.

Para ese punto nos dejaban parar unos minutos cuando nuestras caras reflejaban la imposibilidad de continuar, y nos repartían botellas de agua. Una vez terminamos de desocupar ese segundo apartamento nos indicaron que nos repartirían para cambiar de actividad. A mi mamá, a otra

compañera y a mí no encargaron la tarea de barrer las escaleras del edificio, las cuales, como mencioné antes, eran de cemento y se encontraban en completa obra gris, debíamos barrer entre las 3 los 8 pisos y luego buscar en la construcción, la siguiente columna de escaleras para hacer lo mismo.

Pese a que esta actividad parece algo más sencilla, en ese punto no podía sostenerme completamente bien ya que las horas de pie, habían causado efecto, incluso cuando ya estaba acostumbrada al día a día de pie en los demás trabajos. Limpiar escaleras en obra gris es un ejercicio casi infinito, pues el polvo nunca acaba, sin embargo, lo completamos y cuando acabamos, nos dirigimos al interior del edificio a buscar las mencionadas escaleras, pero nunca las encontramos.

Lo que, si encontramos, fue a uno de los supervisores quien se molestó al vernos caminando por el edificio sin estar haciendo ninguna actividad productiva aparente, por lo que nos condujo al sótano del mismo a limpiar unas habitaciones que recién estaban en proceso de construcción. Recuerdo este, como uno de los lugares más desagradables en los que he estado, por la sensación de infinidad que daban las botellas de plástico y desechos tirados en el piso por los constructores, pero también por el ambiente de “ruina” que se sentía en medio del agotamiento que se mezclaba ya con, sed, hambre, calor y ganas de salir corriendo para escapar.

Tratamos de barrer el lugar, pero luego de eso llegó otra supervisora a preguntarnos qué hacíamos, le dijimos que por favor nos asignara otra tarea y esta accedió, faltaba 1 hora para acabar la interminable jornada en esa construcción, sin embargo, esta sería la hora más larga que he vivido en mi vida. Los supervisores reunieron al grupo inicial de limpieza de cuartos, éramos 2 hombres y 3 mujeres, esta vez nos llevaron a trasladar las carretillas de escombros casi por todo el inmenso edificio en medio del ardiente sol al atardecer, no entendía como nuestros pies aún podían seguir caminando.

Cuando trasladamos estos restos de madera y construcción, los supervisores no supieron qué más ponernos a hacer, en las caras de todos se veía el agotamiento, sin embargo, no podían permitir (como es usual en los trabajos estadounidenses) que estuviéramos en ningún momento sin algo que hacer, resolvieron que recogiéramos manualmente las botellas plásticas de aquel sótano mencionado, y fuéramos metiendo todo en una bolsa. Incluso los supervisores sudaban, puesto que pese a presionarnos, ellos también habían tenido que correr de un lado a otro y en momentos empezar a trabajar con nosotros, lo cual le da un tinte de ironía a su trato despectivo.

Los últimos minutos tratábamos de darnos ánimos entre todos, tratábamos de seguir caminando, yo sentía me iba a desvanecer, sin embargo, veía a mi mamá, no podía creer que también hubiera resistido tanto, pero a su edad. Cuando por fin acabó la jornada, nos dijeron que no dirigiéramos a la entrada, en la que esperamos sentados en una acera como por media hora, pues los directores debían decidir que trabajadores podían volver al día siguiente a trabajar, y quienes no. Mientras esperábamos yo solo quería llorar, ese día lo recuerdo hasta ahora como el peor de mi vida.

Nos dividieron en 2 grupos y empezaron a llamar por nombres para pagar en efectivo los 200 dólares del día, mi mamá y yo estuvimos en el grupo de personas que ya no podía regresar, porque demostró estar demasiado agotado para el trabajo; se quedaron quienes trataron de parecer enérgicos y proactivos durante toda la jornada.

Luego nos devolvimos en una camioneta de un hombre que trabajaba en la obra, pero vivía en el pueblo, así que nos devolvimos un poco apretados, ya que éramos varias personas, y eso solo terminó de hacer el día más hostil, una hora y media de camino en una posición incómoda y estrecha hasta llegar por fin de nuevo al pueblo.

Al día siguiente tenía que ir a trabajar como “dishwasher” en el hotel más grande del pueblo, y pese al cansancio, por primera vez sentí que lavar platos, limpiar cocinas, barrer y trapear, era un trabajo más suave en comparación a lo que había experimentado el día anterior.

El haber tenido diversas experiencias relacionadas al trabajo en Estados Unidos, me permitió acercarme a la realidad que viven las mujeres latinas migrantes en Estados Unidos, vivir desigualdades y discriminaciones en diferentes ídoles, y presenciar como incluso el hablar o pretender hablar inglés genera un trato distinto, pero que no modifica lo increíblemente pesado de los trabajos de mano de obra en ese país.

Esta experiencia, entre otras, me hizo otorgarle mucho valor a los trabajos de limpieza, manufactura, atención a personas y en general a entender lo que tienen que pasar las mujeres y madres, que como mi mamá se van a buscar un sueño, pero terminan encontrando una cruda realidad, que, sin embargo, deciden enfrentar por todo aquello que las motivó a migrar. Y esto a su vez creó en mí la iniciativa de investigar más sobre este proceso que se enmarca en un contexto patriarcal sumamente desigual.



-Valentina Beltrán Ramírez.